

LOUIS BASSET et FRÉDÉRIQUE BIVILLE (eds.), *Les jeux et les ruses de l'ambiguïté volontaire dans les textes grecs et latins*, Actes de la Table Ronde organisée à la Faculté des Lettres de l'Université Lumière - Lyon 2, 23-24 novembre 2000, Maison de l'Orient et de la Méditerranée, Lyon, 244 pp. ISBN: 2-903264-26-0.

He aquí una obra colectiva que reúne, tras una breve presentación de los editores, 13 comunicaciones distribuidas en cuatro partes bien proporcionadas que versan en torno a la definición y clasificación de la ambigüedad, su presencia en el teatro y la poesía, en los textos filosóficos y cristianos y en los textos oraculares. Los cinco años transcurridos desde la celebración de la mesa redonda hasta la publicación no han servido para enfriar el fervor que suscita el tema, sino seguramente para seguir reflexionando sobre él y ponderar las ideas. En la ambigüedad se combina lo lúdico con lo serio, pues el juego verbal (lat. *iocus*), como se desprende del título, no está exento de trampas. Se trata de un libro atractivo y de fácil lectura, en el que cada trabajo va precedido de un resumen en francés e inglés.

I. *Problématique.*— 1. C. Kerbrat-Orecchioni define la ambigüedad propiamente dicha («L'ambiguïté: définition, typologie», pp. 13-36) como el segmento lingüístico susceptible de dos interpretaciones que se excluyen mutuamente; al menos de dos, cabe precisar; es un trabajo rico en criterios y clasificaciones, en el que los ejemplos se limitan a la lengua francesa. Fuera de la ambigüedad queda la plurivocidad por defecto o por exceso; la primera se da en la indeterminación referencial que supone el género o el hiperónimo (*j'ai acheté des fleurs*) por la especie o hipónimo (*j'ai acheté des tulipes*); y la segunda en la plurivalencia de sentidos no incompatibles; así, *Pierre a cessé de fumer*, además del sentido explícito, puede implicar el de «tu ferais bien d'en faire autant». La ambigüedad surge en los niveles léxico, gramatical, morfológico o sintáctico, y pragmático. La primera es fruto de la homonimia y de la polisemia de las palabras. Por cierto, *louer* no sólo sirve como ejemplo de ambigüedad polisémica (*je loue pour l'année un appartement à Paris*) la misma que puede expresar en español *alquilar* ('dar en alquiler' - 'tomar en alquiler'), sino también de la homonimia, si se da entrada, junto al verbo que procede de *locare*, al que proviene de *laudare*. Así, una expresión cual *il a loué cet appartement* podría entenderse como 'ha alabado', 'ha dado en alquiler' o 'ha tomado en alquiler'. He ahí, pues, un caso de ambigüedad capaz de abarcar más de dos sentidos.

La ambigüedad es virtual, en tanto que la permite la lengua, y efectiva, en cuanto que se realiza en el discurso, trátese de un texto escrito u oral. Su desambiguación es interna, si se obtiene del contexto lingüístico (*cotexte*), y externa, si se apoya en el contexto extralingüístico (*contexte*) o en la situación comunicativa. A su vez, será involuntaria, si surge como malentendido del oyente, y voluntaria, si busca la explotación lúdica del doble sentido (en chistes, acertijos, etc.), la persuasión con fines comerciales, políticos, etc.

2. Sobre la ambigüedad, como sobre otras muchas cuestiones, Aristóteles es siempre un buen punto de partida teórico. Según L. Basset («Aristote et l'ambiguïté volontaire», pp. 37-55), es el primer teórico de la ambigüedad voluntaria. A propósito de las refutaciones sofísticas, de la poesía dramática y de la retórica, describió ciertos procedimientos de ambigüedad capaces de perturbar la claridad del mensaje, en particular la *ὁμωνυμία*, que comprende, más que nuestra homonimia, la polisemia y la metáfora, también en un sentido más amplio que el nuestro. La ambigüedad es incluso un elemento constitutivo de la *μίμησις*, como arte de la representación de lo particular que mira a lo general.

3. F. Biville en «Formes et fonctions de l'ambiguïté volontaire dans les textes latins» (pp. 57-71) considera la ambigüedad en el marco del proceso de la comunicación; señala el desajuste entre lo que se dice y lo que se entiende como el medio de influir en el receptor del mensaje. La ambigüedad voluntaria es así un arma poderosa en manos del orador, del político, del escritor en general, para desestabilizar al contrario; y esa función se cumple bajo las formas de simple anfibología o de sutil ironía y mediante la expresión más compleja de la alegoría, el oráculo, el enigma, etc. Un buen ejemplo, referido por Quintiliano (*Inst.* 6,3,47), es la respuesta desconcertante que Cicerón da a un candidato electoral, hijo de un cocinero, que solicita su apoyo: *ego quoque tibi favebo*: «yo también [/ yo, cocinero,] te apoyaré». La paronimia entre el *quoque* explícito ('también') y el vocativo *coce* de *cocus* implícito ('cocinero') puede alcanzar el grado de homonimia total, si entendemos que Cicerón desciende al nivel de la lengua familiar, usado probablemente por su interlocutor; y ahí caben dos soluciones: la reducción de las labiovelares del adverbio *quoque* a simples velares (*coce*) o, al contrario, afectando una pronunciación arcaica, la recuperación de las dos labiovelares originarias de *coce* (< **quoque*).

II. *Théâtre et poésie*.— 1. I. Boehm («Le vocabulaire de la perception et l'ambiguïté dans la tragédie grecque, pp. 75-90») analiza los verbos de la percepción sensitiva como soporte de ambigüedad en los textos trágicos. Esta se basa sobre todo en la polisemia y la metáfora que son comunes en la transferencia de la acción perceptiva al ámbito intelectual. Quizás no es casualidad que sean los verbos de la audición los que más se prestan a la interpretación ambigua; no en vano son ellos los que entran directamente en la relación entre emisor y receptor. Si Eurípides explota las sensaciones provocadas por el vino que se ve, se huele y se degusta, está claro que los catadores modernos no hacen sino practicar y perfeccionar un rito muy antiguo.

2. A propósito de «les conditions morphosyntaxiques de l'ambiguïté volontaire», M. D. Joffre examina «l'emploi de *uideor* dans les chants II et III de l'*Énéide*» (pp. 91-99). Este verbo que puede expresar las percepciones sensoriales o las impresiones intelectuales se usa particularmente en los relatos de visiones oníricas. En él se manifiesta la ambigüedad característica de los morfemas mediopasivos que expresan tanto la pasiva intrínseca en el uso deponente como la pasiva extrínseca binaria o ternaria. El dativo regido por el verbo incrementa la ambigüedad, en cuanto que a menudo admite diferentes interpretaciones. El contexto no siempre permite resolver la ambigüedad plenamente.

3. B. Jacquiod explora la ambigüedad en un terreno abonadísimo, la comedia de Aristófanes («L'ambiguïté volontaire dans le comique d'Aristophane», pp. 101-116). Ahí se encuentran diversos tipos de ambigüedad, que se basan en palabras de doble sentido en el dominio sexual y en otros campos, en homónimos y parónimos a veces obtenidos por ligeras deformaciones de la estructura fónica, en nombres geográficos y en pronunciaciones dialectales. Por otra parte, la ambigüedad puede tener menor o mayor alcance y ser débil o más fuerte. Un amplio pasaje de *Los Acarnienses* (764-808) sirve para ilustrar buena parte de lo expuesto.

4. D. Vallat considera la ambigüedad de algunos nombres propios en un género que conoce bien, el epigrama («Ambiguïté référentielle et stratégies courtisanes chez Martial», pp. 117-128). El sentido laudatorio de los apelativos que recibe el emperador Domiciano en vida (*Iuppiter, Tonans, Alcides*) contrasta con el de *Nero* que le asigna el poeta después de muerto. Las determinaciones que se aplican a los teónimos y al héroe (*noster, palatinus Tonans, maior Alcides*) pueden facilitar la identificación o complicarla, como en el último caso.

III. *Textes philosophiques et chrétiens*.— 1. G. Bady trata de indagar la ambigüedad en la figura de Sócrates, tal como la ha transmitido Platón («Le Socrate de Platon: pédéraste ou pédagogue?», pp. 131-146). Varios aspectos de su vida y doctrina resultan ambivalentes: su trato con los jóvenes, su ironía habitual, hasta su condena por «corromper a la juventud» es equívoca. Su retrato más sugerente se da en *El Banquete*, donde aparece, al igual que Eros, como un intermediario «entre hombres y dioses, entre inteligencia e ignorancia, entre fealdad y belleza, entre riqueza y pobreza» (p. 142).

2. A quienes no somos filósofos por formación, pero hemos entrado desde la filología en el camino de la filosofía, inducidos por la relación intertextual de Descartes y Plauto, el trabajo de S. Van der Meeren («Exhorter à la philosophie ou à la sagesse? Une ambiguïté manifeste dans les protreptiques à la philosophie», pp. 147-170) nos resulta metodológicamente revelador. La autora revisa diversos textos procedentes de los diálogos platónicos, en particular *Eutidemo*, de Filón de Larisa, del neoplatónico Jámblico, de las *Epistolae* de Séneca, etc., para examinar la distinción o la confusión entre filosofía (*philo-sophia*) y sabiduría (*sophia*). El camino hacia la sabiduría en que consiste la filosofía tiene dos puntos de referencia principales, el propio camino y la meta, a la que nunca se acaba de llegar, tanto si la forma de sabiduría es la felicidad, como si es el bien o la virtud. Evidentemente, se trata, a nuestro juicio, de una oposición de aspecto secuencial, la de *infectum -- perfectum* ('inaccompli' -- 'accompli', cf. p. 156), de la que alguna vez hemos hablado a propósito del texto citado de Séneca (*Epist.* 89,4-8)¹. La ambigüedad presenta aquí dos caras, la de la polisemia de la palabra *filosofía*, si esta comprende, además del concepto etimológico de 'amor al saber', el de 'sabiduría', como ciencia suprema. Las concepciones varían de una escuela a otra; así, mientras unos están siempre de camino, otros creen haber llegado a la meta sin hacer el camino: «À la philosophie sans *sophia* de Socrate s'oppose la *sophia* sans philosophie des sophistes» (p. 167). La autora de este trabajo, tan bien planteado, documentado y resuelto, no deja de hacer honor a su nombre (*Sophie*).

3. «Les ambiguïtés de la "religion épistolaire" dans l'oeuvre d'Ennodius de Pavie» (pp. 171-186) es el tema de que se ocupa S. Gioanni. Ennodio, noble galorromano nacido en Arlés, subió a la sede episcopal de Pavía hacia el año 513; su correspondencia epistolar, así como el resto de su obra (discursos, poemas, etc.) es anterior a esa fecha. El carácter oscuro y superficial que se ha atribuido a sus cartas es un efecto del tono alusivo que las informa; hay que estar al corriente de las relaciones personales y sociales, de los debates ideológicos de la época, para comprender el juego de connivencia entre el escritor y los destinatarios. La ambigüedad se da en diversos niveles expresivos y es producida por construcciones sintácticas, por figuras estilísticas (elipsis, oxímoros, inversiones, etc.), por palabras polisémicas, alguna tan representativa del sincretismo cultural de su tiempo como *religio*; incluso por el propio género epistolar entendido como medio de expresión literaria y de comunicación social.

IV. *Textes oraculaires*.— 1. El primer trabajo de este último capítulo, a cargo de G. Lucas, lleva por título «La réponse d'Ammon à Alexandre corrigée par Plutarque» (pp. 189-205). En el invierno de los años 331-332 Alejandro se dirige al oráculo de

¹ B. GARCÍA-HERNÁNDEZ, «El magisterio de Séneca, reconocido por Descartes. Filosofía y poesía», M. RODRÍGUEZ-PANTOJA (ed.), *Séneca dos mil años después*. Universidad de Córdoba, 1997, p. 678 s. Véase el texto de CICERÓN (*Ac.* 1,20) citado en nuestro artículo sobre *incohare* en esta misma revista (p. 35). Se trata, en definitiva, de la secuencia *aprender -- saber*; cf. B. GARCÍA-HERNÁNDEZ, *Descartes y Plauto. La concepción dramática del sistema cartesiano*. Madrid, Tecnos, pp. 72-85.

Amón; entre las preguntas que plantea y las respuestas que obtiene se crea un juego de ambigüedad tendente a satisfacer su curiosidad y su deseo de gloria. Cuando pregunta si todavía permanece vivo alguno de los asesinos de su padre, se le advierte de que repare en sus palabras, pues, como hijo de Amón, su padre es inmortal; con ello hasta su madre queda libre de la sospecha de adulterio. El autor hace un estudio de las diversas versiones transmitidas, entre las que dos de las más detalladas son las de los historiadores romanos Quinto Curcio y Justino.

2. A. Orlandini, que a su vez organizó en Ravena en junio de 2003 otra mesa redonda sobre la ambigüedad, se ocupa aquí de «paradoxes sémantiques, tautologies et textes oraculaires» (pp. 217-218). Paradojas y tautologías como las que se ve obligado a pronunciar el esclavo Escéledro en *Miles gloriosus*, a propósito de la identidad de Filocomasia desdoblada en una hermana gemela: *etsi east, non est ea* (532): «aunque es ella, [según tú] no es ella». La comedia de doble, como indica su nombre, es un terreno no menos propicio que el oráculo para la doblez y la ambigüedad². Analiza también las diversas implicaciones que se dan en la paradoja del adúltero y del cornudo, referida por Aulo Gelio (16,2,5-11); p. e., *qui facere non desiuit, non id necessario etiam fecit*.

3. Por último, G. Rougemont se plantea la cuestión siguiente: «Les oracles grecs recouraient-ils habituellement à l'ambigüité volontaire?» (pp. 219-235). Al autor no le interesa el aspecto lingüístico o literario de la ambigüedad, sino el punto de vista histórico. Por los datos que se pueden obtener de los santuarios más famosos (Delfos, Dodona, Claros, etc.), tanto en lo que respecta a las consultas privadas (de carácter familiar, sanitario, comercial, etc.) como a las públicas (acerca de la guerra y la paz, la fundación de colonias, la institución de nuevos cultos o fiestas, los prodigios, etc.), la respuesta es claramente negativa; la ambigüedad en los oráculos no era todo; antes bien, era lo menos. No obstante, hay respuestas oraculares suficientemente oscuras como para admitir interpretaciones diversas; son aquellas que recurren a la homonimia, a la adivinanza, al enigma, etc.

He ahí, pues, una excelente aportación al conocimiento del fenómeno siempre complejo de la ambigüedad. Es el segundo libro colectivo en lengua francesa sobre la materia en la Antigüedad que hemos manejado; el primero, editado por I. Rosier en 1988³, merece igualmente nuestro aprecio. Un tercero no tardará en aparecer en la colección *Lingua Latina* de La Sorbona, también como resultado de una mesa redonda, la celebrada en Ravena⁴. Dado el interés que suscita el tema, seguramente no será el último. Dos preciosos índices, uno de conceptos y otro de pasajes citados, completan el conjunto de trabajos que acabamos de reseñar.

Universidad Autónoma de Madrid

Benjamín GARCÍA-HERNÁNDEZ
benjamin.garciahernandez@uam.es

² En otra mesa redonda sobre las paradojas, celebrada en Ámsterdam en junio de 2001, organizada por la autora de este trabajo y M. KIENPOINTNER, nos ocupamos precisamente de algunas paradojas características de la comedia de doble (*Argumentation* 17, 2003, 99-111).

³ *L'ambigüité. Cinq études historiques réunies par I. Rosier*. Lille, Presses Universitaires.

⁴ A. ORLANDINI & C. MOUSSY (eds.), *Recherches linguistiques sur l'ambigüité en Grèce et à Rome*. París, PUPS, 2006.